

Las dos culturas

Literatura y ciencias del universo en la obra de Rubén Darío

Juana Martínez

Universidad Complutense, Madrid

Ciencia y literatura son dos ficciones
con una ilusión común: comprender la realidad.

Jorge Wagensberg (2009)

Las llamadas dos culturas derivadas del saber científico y el saber humanístico son dos formas de conocer el mundo, dos vías de acercamiento a la realidad que nacieron unidas pero con el paso del tiempo acabaron distanciándose. En el mundo clásico y medieval estaban agrupadas en dos conjuntos de disciplinas inseparables: el *trivium*, o saber discursivo (gramática, retórica y dialéctica) y el *quadrivium*, o saber matemático (aritmética, geometría, astronomía y música). Los saberes de las esferas relativas a la literatura y a la ciencia que ahora nos ocupan comienzan a distanciarse progresivamente a finales del siglo XIX. Este proceso culmina hacia 1880, cuando surgió en Inglaterra una polémica entre quienes pensaban que para crear personas instruidas debía promoverse la educación científica (entre ellos, el biólogo T. H. Huxley) y los que defendían que la clave estaba en el conocimiento de la literatura clásica (como el poeta M. Arnold).

Desde principios del siglo XX se fue acentuando esta separación al tiempo que las ciencias iban creando un lenguaje cada vez más especializado y, por lo tanto, hermético para el lector común. En 1959, Charles Percy Snow (1905–1980), en su doble calidad de físico y novelista, llamó la atención sobre esta relación en una conferencia titulada “Las dos culturas” cuyo tema ya venía esbozando desde años antes. La idea fundamental sobre la que versaba era la gran brecha abierta entre los científicos y los “intelectuales literarios” a quienes consideraba “analfabetos científicos”, convertidos, sin embargo, en guías de la “cultura tradicional”, cultura que, según él, solo podría ser renovada incorporando los conocimientos científicos. Comprobó que ni los hombres de ciencia leían literatura ni los literatos se acercaban a los textos científicos pues a cada uno le parecía que la disciplina del otro no incidía en su campo. Ambos sectores coincidían en una falta de información y formación sobre los ámbitos de los otros, en una absoluta y mutua “incultura”.

Lo importante es que a partir de aquí se empezó reflexionar, más que sobre la comunicación, sobre las relaciones e interacciones de las dos culturas. Poco después, en 1963, Aldous Huxley publicaba un hermoso ensayo titulado *Literatura y ciencia* en el



que anticipaba que “la condición previa de cualquier relación fructífera entre ciencia y literatura es el conocimiento”,¹ para extenderse después en acertadas reflexiones sobre las conexiones entre ambas áreas. Para Huxley el escritor debe saber explicar con un lenguaje creativo las experiencias propias y ajenas de la esfera privada de la vida pero no puede instalarse adecuadamente en la esfera pública si no contempla también los dominios científicos que revelan la idea cabal del universo, de la biología y de la psicología. Concede al escritor la gran responsabilidad de buscar el encuentro entre ciencia y literatura, de conseguir

las fusiones de lo público y lo privado de hecho y valor, de conocimiento conceptual y experiencia inmediata, de discurso científicamente purificado y las más puras palabras de la literatura, [tales fusiones] son posibles en todos los dominios accesibles a la percepción, el sentimiento y el pensamiento.²

Huxley deja clara su actitud proclive a la interacción de conocimientos científicos y literarios y aboga por que el escritor, al que concierne la más privada de las experiencias, aprenda algo acerca de las actividades científicas de aquellos cuya tarea consiste en analizar las más públicas experiencias del mundo en el que “los seres humanos están predestinados a vivir, morir, percibir, sentir y pensar”. En conclusión, para Huxley

Todo lo que le es necesario al hombre de letras es un conocimiento general de la ciencia [...] una comprensión de la filosofía de la ciencia y una apreciación de las maneras en que la información científica y los modos científicos del pensamiento resultan pertinentes para la experiencia humana de las relaciones sociales, para la religión y la política, para la ética y una filosofía de la vida sostenible.³

Más recientemente, en 2009, el físico español y divulgador de la ciencia Jorge Wagensberg también ha reflexionado sobre el tema, situándose en un punto equidistante entre la ciencia y la literatura y partiendo de la ficción como punto de encuentro:

Todo lo que no es la realidad misma es una ficción de la realidad. Cualquier representación mental de la realidad es ficción. La literatura es una ficción de la realidad. Cualquier género literario, incluido el ensayo, es en rigor una ficción. La ciencia también es una ficción de la realidad, pero una ficción todo lo objetiva, inteligible y dialéctica que en cada momento y lugar sea posible. En otras palabras: la ciencia es una forma de conocimiento que se elabora con la menor ideología posible. La literatura, en cambio, es la forma de conocimiento que más ideología permite impregnando sus contenidos [...] lo único que distingue una forma de conocimiento de otra es el método que la mente emplea en su elaboración.⁴

1 Huxley 1964, p. 87.

2 Ibidem, p. 90.

3 Ibidem, pp. 86–87.

4 Wagensberg 2009, p. 19.



Se puede afirmar que Darío prefigura ya en el siglo XIX la clase de escritor que preconizaba Aldous Huxley a mediados del siglo XX, que debía de estar en contacto con los descubrimientos científicos para incorporarlos a las obras literarias. El escritor nicaragüense trató de entender su mundo buscando en un conjunto de saberes tradicionales pero también en lo más reciente de la ciencia de su época. Recurrió a la filosofía y la teología, pero también, y no menos, a la ciencia como instrumento de conocimiento. La crítica ya se ha ocupado de la relación de Darío con otras ciencias o filosofías como la masonería⁵, el esoterismo⁶, la teosofía pero no con las ciencias experimentales; esa ciencia que “a finales del siglo XIX ya era una actividad social identificable”, practicada por lo que antes se llamaban “filósofos de la naturaleza” pero que desde 1831 pasaron a llamarse “científicos”, y cuyo lenguaje “se volvía tan especializado como sus circuitos de comunicación, clausurados a no iniciados”.⁷

A finales del siglo XIX se vivió un movimiento de gran actividad científica, que se extendió también a las sociedades hispanoamericanas de la mano de un Positivismo imperante. Unida a esa actividad se produjo una onda expansiva de divulgación de la ciencia que propició que Darío entrara en contacto con ella y conociera investigaciones relevantes y avances tecnológicos que permitían desarrollar mucho más certeramente el conocimiento del universo.

Es una evidencia que Darío tuvo interés en la lectura de textos científicos, que suscitaron en él reflexiones y comentarios que aparecen diseminados en toda su obra, y serán objeto de mi atención. En sus primeros poemas, en sus cuentos y sobre todo, en sus artículos y crónicas encontramos tanto meras referencias a hombres de ciencia destacados por sus aportes científicos como reflexiones sobre descubrimientos científicos que venían a cooperar al desarrollo tecnológico y al progreso de la humanidad. Incluso –y esto llama la atención– muestra su respeto por un grupo de científicas que conoce en Francia y que él separa de las “agitadas y sonoras *viragos* del feminismo militante” y de las del “tipo de la literata, de la marisabidilla, de la cultilatiniparla”. En su artículo “A propósito de Mme de Noailles” (1906) se refiere a un grupo de mujeres de superioridad intelectual que se enfrenta con valentía a las dificultades que le impone una sociedad tradicional y machista, mujeres que ejercen el periodismo, la literatura en prosa y en verso, la política, y entre ellas: “Hay una gran cantidad de mujeres que escriben, autoras de libros científicos, sabias como Clémence Royer, que ha muerto

5 De sus años en León cuenta Darío en su “Autobiografía”: “Cayó en mis manos un libro de masonería, y me dio por ser masón, y llegaron a serme familiares Hiram, el Templo, los caballeros Kadosch, el mandil, la escuadra, el compás, las baterías y toda la endiablada y simbólica liturgia de esos *terribles ingenuos*.” Darío 1953, I, p. 36. El subrayado es mío.

6 En Buenos Aires, según relata en su “Autobiografía”, mantenía interesantes y largas conversaciones con Leopoldo Lugones y Piñeiro Sorondo “Sobre asuntos teosóficos y otras filosofías”: “Como dejo escrito, con Lugones y Sorondo hablaba mucho sobre ciencias ocultas. Me había dado desde hacía largo tiempo a esta clase de estudios, y los abandoné a causa de mi extremada nerviosidad y por consejo de los médicos amigos...; pero según lo dejo expresado, no he seguido en esa clase de investigaciones por temor justo a alguna perturbación mental”. Darío, 1953, I, pp. 133–134.

7 Asúa 2004, p. 149.



hace poco.”⁸ Efectivamente ella había muerto en 1902 y se había destacado por ser una acérrima defensora de la revolución darwiniana. Había hecho la primera traducción al francés de *El origen de las especies* de Darwin en 1862 y había sido la primera mujer admitida en la Sociedad Antropológica de París. (Y desde luego feminista convencida aunque no fuera “virago” para Darío.)

La confianza de Darío en la ciencia es oscilante en sus artículos, dependiendo de los momentos en que escribe o las circunstancias que lo rodean. Sin embargo, en aquellos de sus cuentos donde se hacen referencias a descubrimientos científicos, y los hombres de ciencia aparecen como personajes, se observa una actitud más sostenida poco proclive a la ciencia. Se podría decir que estos cuentos conectan más con una tradición literaria satírica que se remonta a la Antigüedad Clásica, que con la línea ficcional que inaugura en el siglo XVIII Jonathan Swift, quien introduce a matemáticos junto a músicos, y que sigue Mary Shelley en el siglo XIX con la primera novela protagonizada por el ilustre científico Dr. Frankenstein. Ni con las obras científicas que vendrán después, como las de William Wilkie Collins, Robert Louis Stevenson, Herbert G. Wells y Julio Verne, quien ensaya en Francia una novela de la ciencia y de la técnica con personajes científicos que pueden dominar a la naturaleza.

Pero no se puede negar que las relaciones entre ciencia y literatura fueron objeto de atención del poeta, y durante un tiempo las entendió como experiencias muy cercanas; empezando por el ejemplo que le ofrece la literatura de su admirado Edgar Allan Poe en cuya obra narrativa conoció cómo se aplicaba el método científico al relato detectivesco. Darío mostró su admiración por esa característica del “fuerte cerebro” del escritor norteamericano en la que se mezclaba “la facultad musical” y “la fuerza matemática”. Hablaba del dominio de la “matemática de su cerebro” y se lamentaba de la falta de fe religiosa de Poe porque la ciencia por sí sola le imponía graves limitaciones:

la ciencia impide al poeta penetrar y tender las alas en la atmósfera de las verdades ideales. Su necesidad de análisis, la condición algebraica de su fantasía hácele producir tristísimos efectos cuando nos arrastran al borde de lo desconocido. [...] En él la ecuación dominaba a la creencia, y aun en lo referente a Dios y sus atributos, pensaba con Spinoza que las cosas invisibles y todo lo que es objeto propio del entendimiento no puede percibirse de otro modo que por los ojos de la demostración.⁹

También disfrutó de la literatura científica de Julio Verne y de George H. Wells, entre otros, a quienes dedicó sendos artículos. Consideraba al novelista Julio Verne (1911) el mejor propagador científico por su gran elocuencia y por la gran eficacia narrativa de su proceder: “Ha puesto la fábula al servicio de la ciencia, dando a entender las cosas más difíciles por medio de la amenidad y del conjunto armonioso de una narración interesante.”¹⁰

8 Darío 1953, I, p. 306.

9 Darío 1953, II, p. 269.

10 Darío 1953, I, p. 631.



De Wells (1904) también desentrañaba su estrategia narrativa al tiempo que daba las claves de sus profundas preocupaciones sobre el universo: “Ya se sabe que lo que forma la armazón total de sus narraciones es lo ignorado, lo probable y lo enigmático en la ciencia y en la naturaleza. Su invención se ejercita en el campo de la química, de la física, de la botánica, de la zoología, de la astronomía, de la biología, de la cirugía, todo bajo la vaga y trémula claridad de lo posible.”¹¹

Lo que es un hecho reconocido es que en el siglo XIX se intensifica el marco de relación entre ciencia y literatura, cuando los científicos, como el mencionado George H. Wells y otros, empiezan a entrar en el terreno de la literatura. Y, en especial, los médicos, como Chéjov y Conan Doyle, son los más empeñados en abordar literariamente los temas científicos. Pero entre todos los científicos que escriben literatura, Darío señaló siempre como su preferido, al francés Camille Flammarion, a quien consideraba “el más literato de los astrónomos” porque era capaz de poner “la belleza celeste bien clara, en capítulos poéticos como un poema, exactos como una ecuación.”¹²

La estancia de Darío en Argentina reforzó su interés por la ciencia pues allí pudo conocer a médicos y naturalistas que interactuaban con la literatura como Eduardo Ladislao Holmberg (1852-1937), Guillermo Enrique Hudson (1841-1922) y Eduardo Wilde (1844-1913) y otros más, estos sí conocidos y nombrados por el propio Darío, componentes todos del Ateneo de Buenos Aires dirigido –decía– “por reconocidos capitanes de la literatura, de la ciencia y del arte”¹³. Y entre ellos, tres amigos médicos implicados con la creación literaria a quienes destaca en su “Autobiografía”: Francisco Sicardi, Martín Reibel y Prudencio Plaza con los que tuvo intensas experiencias intelectuales.

En uno de sus últimos artículos de 1911 “La vida de las abejas”, llega incluso a proponer la creación de un género nuevo en el que se juntase “la observación científica y la literatura”. Compone este artículo a partir de la lectura reciente de dos libros similares: un ensayo del mismo título de Mauricio Maeterlinck publicado en 1901 y otro de Remy de Gourmont, “La Física del amor”, de 1903. Darío lanza la hipótesis de que “en todo naturalista [diríase que] hay algo de poeta. Y todo poeta encuentra motivos de meditación y de emoción en las mil formas en que se manifiesta la voluntad de vida sobre la tierra”.¹⁴ La diferencia entre los autores mencionados residía para el escritor nicaragüense en que Maeterlinck “permanece fiel al misterio, al más allá” mientras que Remy de Gourmont evoluciona “hacia una concepción absolutamente materialista del universo”. Evidentemente, Darío, tan distante del materialismo y del utilitarismo, se inclinaba por seguir esa búsqueda más profunda de Maeterlinck al que consideraba “explorador sombrío de lo desconocido, de la muerte, del ensueño, de la previsión, del azar, del destino”.¹⁵

En su artículo sobre G. H. Wells, de 1912, Darío vuelve a mencionar la estrecha relación entre la ciencia de los naturalistas y la literatura, advirtiéndole de que: “La historia natural tiene aún mucho recodo incógnito. La intuición de los poetas llega

11 Darío 1953, II, pp. 917-918.

12 Darío 1953, I, p. 631.

13 Darío 1953, I, p. 126.

14 Darío 1953, I, p. 469.

15 Darío 1953, I, p. 472.



siempre antes que los hallazgos de los exploradores.”¹⁶ Se estaba anticipando cincuenta años a parecidas consideraciones de Huxley cuando decía: “las ciencias de la vida necesitan las intuiciones del artista e, inversamente, el artista necesita todas las ciencias que puedan ofrecerle nuevos materiales sobre los cuales ejercer sus capacidades creadoras”.¹⁷

Hace bien poco, en 2013, el biólogo Miguel Delibes Castro propugnaba semejante idea en un artículo titulado “De ciencia y literatura”¹⁸: “Creo que yo fui el primero en postular que ciencia y literatura eran dos maneras valiosas y complementarias de acercarse a la realidad.” Está claro que Delibes Castro no había leído los textos de Darío y Huxley, pero coincidía con ellos en la idea principal. Dice Delibes: “Tanto la ciencia como la literatura (o más generalmente el arte) abordan el misterio de nuestra existencia, coincidimos en que lo hacen de distinta manera. La ciencia resuelve misterios, lo que no siempre agrada a los literatos.” Y con sentido del humor pone algunos ejemplos elocuentes: “El poeta Keats, en una cena brindó: Contra la memoria de Newton, que ha destruido la poesía del arco iris convirtiéndolo en un prisma” o “el novelista Lawrence que afirmó que el conocimiento ha matado al sol, al reducirlo a una bola de gas con manchas”.

Dentro del ámbito científico, Darío muestra especial interés en su obra por dos vertientes de conocimiento: la de las ciencias de la naturaleza y del universo respaldadas por la astronomía, la física y la química y la de las ciencias del hombre o de la vida a cuyo conocimiento contribuyen la medicina, la psicología y la psiquiatría.

Aquí me detendré exclusivamente en la primera que aparece como objeto de interés en su obra: las ciencias del universo. Sorprende que con catorce años el niño poeta ya introdujese el ámbito científico en uno de sus primeros poemas publicados. El dedicado al “Ateneo de León” (1881) en el que invocaba por igual a la literatura y la ciencia, en los nombres de Juvenal y Galileo, como referentes necesarios de un Ateneo que se quería progresista, frente a la ignorancia, el fanatismo y el oscurantismo dominante, y prometía progreso, paz y libertad.

Junto a los literatos, filósofos y héroes de la historia a quienes reúne Darío en ese poema, aparecen también los científicos representados, otra vez, en la figura de Galileo, creador de la ciencia moderna en el siglo XVII, por quien Darío debía sentir una gran admiración por sus investigaciones en el campo de la Astronomía que habían ensanchado el mundo conocido, si bien también habían suscitado los primeros conflictos entre ciencia y religión.

En ese mismo año de 1881 Darío publicaba las décimas dedicadas a “Máximo Jerez” como homenaje tras su muerte. En ellas ensalzaba la figura del jefe del Partido Liberal de León como sucesor de Comte y Littré: uno creador y otro seguidor del Positivismo, corriente filosófica basada en el conocimiento científico que entonces todavía no parece que rechazara Darío. Pero, además, igualaba a Jerez con Galileo por “su ardiente inspiración”, por su “fantasía inquieta” y por su locura por llevar a cabo los objetivos que se proponían; en el caso de Jerez por llevar a Nicaragua por la vía de la democracia. (Junto con otros “locos”, como Colón y Juan Evangelista)

16 Darío 1953, II, p. 918.

17 Huxley 1964, pp. 95–96.

18 Delibes 2013.



Poco después, en enero de 1882, publicaba un largo poema dedicado a “El libro”¹⁹ en el que manifestaba su concepción de libro como vehículo de un conjunto de saberes o enciclopedia que alumbraba al universo cuyo ser supremo es Dios. Y junto a él su mayor criatura, el hombre, de cuya especie sobresalen algunos ejemplares prodigiosos como los filósofos, artistas y científicos (entre ellos el genial Gutenberg que con su imprenta contribuyó a la difusión de la cultura y la ciencia). Darío, entonces un joven de quince años, explicaba su deuda personal con el libro:

Yo al libro siempre he de amar
siempre su voz he de oír,
pues me ha enseñado a sentir
y me ha inducido a cantar.
A su fulgente irradiar
se ha formado mi conciencia
y ha visto mi inteligencia,
muda, absorta, confundida,
en el cielo de la vida,
relámpagos de la ciencia.

Es interesante observar cómo confiesa que su inteligencia todavía es “muda, absorta, confundida”, y que su conocimiento se circunscribe escuetamente a “relámpagos de la ciencia”: eso es lo que veremos en este poema y en otras obras, y no es posible exigir más a un joven poeta autodidacta que leía mucho y sobre un amplio panorama de disciplinas. Aun así este poema se recrea en el uso de un léxico prestado de la ciencia, con el uso de términos como átomo, telescopio y microscopio. Especialmente el repetido “átomo” que él sabía, de forma muy certera, que estaba en continuo movimiento: “átomo que se agita”, “átomos impalpables que en giros interminables, no cesa(ba)n de rodar”, “cada átomo (se mueve) en armonía”. Aunque el átomo era un concepto filosófico elaborado por los griegos para explicar la composición del universo, es precisamente a lo largo del siglo XIX cuando deja de ser pura especulación y se le otorga un carácter real a través de sucesivos experimentos científicos realizados en los campos de la física y la química.

Por otro lado, con los inventos tecnológicos del siglo XVI perfeccionados a lo largo del XIX, como el telescopio –tan útil a Galileo– y el microscopio, Darío nos muestra las increíbles posibilidades de ahondar en el conocimiento del universo; el telescopio permite ver nuestro propio planeta, las estrellas, los aerolitos e, incluso, acercarnos a la idea de infinito, mientras que el microscopio, que también le subyuga, nos permite ver la pequeñez del átomo: “en una mínima gota / nos hace ver como flota / un orbe a todos igual / que es del coro universal / una bellísima nota” (poema “El libro”).

Darío tenía en gran concepto a la ciencia en estos años de juventud y le atribuía un papel tan decisivo para la humanidad como era liberarla de la ignorancia. Ciertamente se le ve entusiasmado con los progresos científicos, a los que considera determinantes para entender el mundo y sus misterios. Incluso, se plantea la hipótesis de que a ciencia pudiera conseguir el sueño, hasta ahora inalcanzable, de ver a Dios:

¹⁹ Darío 1953, V.



“volando a otra región / contempla a Dios frente a frente / con la pupila y la lente / de Camilo Flammarion” (poema “El libro”). No hay nada de místico aquí, semejante osadía, contemplar a Dios “frente a frente”, le parecía posible a Darío gracias a la ciencia. Con una lente especial, Flammarion había revolucionado la Astronomía en el XIX realizando importantes observaciones sobre Marte y Júpiter, de manera que joven poeta, pleno de ímpetu y entusiasmo, no dudaba en pensar que estuviera cercana la posibilidad de que el hombre consiguiera ver a Dios, gracias a los instrumentos que proporcionaba la tecnología. Este optimismo dariano no debe sorprendernos, cuando también “algunos hombres de ciencia del siglo XIX creían que, por fin se habían abierto los mismos resortes del Universo- creían haber descubierto al mismo Dios”.²⁰

Esta idea de una ciencia todopoderosa, que permitiera hacer visible lo invisible, queda latente en la obra de Darío y vuelve a resucitarla más tarde en 1904. La eventualidad de ver a Dios a través de instrumentos científicos le inquietaba enormemente, como sugiere en estas palabras:

El porvenir está cuajado de divinas sorpresas, ante las cuales las previsiones de Bellamy, del mismo Wells y de tantos otros, simples fantasías literarias y sociológicas. No será la conquista de lo Absoluto, pero lo Absoluto se acercará tanto que se dejará divisar. Quizás venga a la humanidad el desarrollo completo de un nuevo sentido. Quizás Dios, por fin, consienta en...²¹

En su conjunto el poema “El libro”, es un alarde de los conocimientos indiscriminados de un joven que trata de absorber todo lo que lee y de bucear en su inteligencia “muda, absorta, confundida” con las armas de un saber universal que le pueda orientar. Ortodoxia y heterodoxia no discrepan en su acopio cultural. Las que llama “glorias del mundo” están configuradas por escritores y filósofos de distintas épocas y rangos como Homero, Chateaubriand, Bacon, Spinoza y también, sorprendentemente, por el teólogo hereje Lutero. Más desconcertante aún resulta la presencia de Darwin en la nómina de glorias, pese a que del poema se desprende una adhesión a la teoría creacionista del universo que mantendrá siempre. Quizás por eso, su admiración por Darwin desaparecerá pronto de su obra pues poco después en Argentina crítica a los escritores ateos y sus “filósofos explosivos” de los que dice, en un tono poco amable, que “están repletos de Darwin”²².

A partir de aquí, las teorías científicas sobre el universo aparecerán únicamente en varios cuentos. Escribe “El rubí” en 1888 sobre los avances de la química del siglo XIX tras la alquimia medieval; en 1892 “La resurrección de la rosa” sobre las limitaciones del científico en un mundo creado por Dios, y en 1894 “El caso de la Señorita Amelia” donde plantea como irresolubles las nociones del tiempo y el espacio. No volverá sobre la concepción del Universo hasta 1906. Ese año, mientras estaba veraneando en Asturias, tuvo lugar un eclipse que atrajo a España a astrónomos de todo el mundo, entre los que llegó su admirado Flammarion, al que llamó entonces “el príncipe de la ciencia”. Aparte de describir el importante especialista internacional, por el que muestra un gran respeto,

20 Lamarca 1983. p. 31.

21 Darío 1953, II, p. 920.

22 Darío 1953, IV, p. 645.

Darío relata sus impresiones personales sobre el eclipse, cómo experimentó la sensación de que el sol desapareciera en pleno día, la llegada de la oscuridad y la noche súbita...

un repentino frío invadió la atmósfera. Sentí un verdadero malestar físico y una innegable inquietud moral. Mis ojos contemplaban allá arriba un astro milenarío, un meteoro de funestos augurios. Yo no había visto nunca un eclipse; pero ese astro no me era desconocido: yo había, seguramente, tenido esa visión en muchos sueños; en verdad era el mismo sol enfermo de mis pesadillas, de mis padecimientos hipnagógicos y pensé luego en las ancestrales angustias, en los terrores medievales ¿se equivocaría la ciencia? ¿No habría gran verdad en el espanto de la humanidad antigua que veía yo reflejado en el inmenso espanto de la naturaleza? Sobre el fondo celeste se destacaba el sol negro....Era el astro que antaño hacía temblar a los hombres, el astro de las guerras, el nuncio de las pestes, el precursor de las catástrofes.²³

En un clima de rigor científico sobre el fenómeno del eclipse, Darío muestra ciertas reservas ante la ciencia y prefiere dejarse llevar por su inquietud personal para acogerse a interpretaciones legendarias y ancestrales del fenómeno con consecuencias impredecibles para los hombres.

En los últimos años de su vida su entusiasmo juvenil por las posibilidades de la ciencia del universo se apaga del todo. Ya en el siglo XX a propósito de una novela de ciencia ficción aparecida en Francia en 1907, *El pueblo del polo* de Charles Derennes, Darío muestra cierto distanciamiento con los que llama “escritores de imaginación”, por quienes antes había manifestado su admiración, como Wells y sus antecesores ilustres Poe y Villiers de l’Isle Adam y –añade– “aún del venerable y pueril Julio Verne”.²⁴ Darío observaba que la ciencia no había evolucionado lo suficiente para resolver los enigmas más importantes del universo a pesar de que empezaba a aumentar el número de investigadores; entre ellos, por ejemplo, el matrimonio Curie que acababa de descubrir el “radium”, como un elemento químico más activo que el uranio y abría la era de la radiactividad. Pero Darío ya dejaba ver su falta de interés por la ciencia cuando consideraba que el radio todavía era “un milagro” y afirmaba que aún no se sabía lo que era la electricidad, a pesar de que empezaba a popularizarse su uso a partir de diferentes inventos.

Para 1911 Darío comprobaba con cierta decepción que cada descubrimiento abría un potencial interminable para otros nuevos que en lugar de acercar la revelación final de los misterios del universo la dilataban mucho más: “poco a poco y de tiempo en tiempo se descubre o se entrevé un nuevo enigma del universo que hace más profundo y formidable el enigma total”.²⁵ Pero su desengaño mayor se producía sobre todo ante la comprobación de que los avances tecnológicos no se empleaban con fines trascendentes sino que se transferían solo al mundo material (“El progreso moderno es enemigo del ensueño y del misterio en cuanto que se ha circunscrito a la idea de utilidad”) como expresa en estas últimas palabras:

23 Darío 1953, I, p. 452.

24 Darío 1953, I, p. 545. El subrayado es mío. Muestra la diferencia de opinión que había expresado antes.

25 Darío 1953, I, p. 546.





En otras épocas la concentración de la labor mental, en solitarios gabinetes y en silenciosas celdas de conventos, se tendía por el esfuerzo teológico a la rebusca y comprensión de Dios. Hoy, la unida labor intelectual se dirige a la exploración de la materia y de la fuerza, de lo arcano inmediato, de lo que nos rodea y está en nosotros mismos. Pero tanto en lo lejano de los astros apenas vislumbrados con el *aún impotente telescopio*, como lo recóndito de la vida atómica, hay un infinito ignorado.²⁶

BIBLIOGRAFÍA

- Asúa, Miguel de. *Ciencia y literatura. Un relato histórico*. Buenos Aires : Eudeba, 2004.
- Dario, Rubén. *Obras completas*. 5 tomos (I Crítica y ensayo, II Semblanzas, III Viajes y crónicas, IV Cuentos y novelas, V Poesía). Madrid : Afrodisio Aguado S.A., 1953.
- Delibes Castro, Miguel. "De ciencia y literatura. Notas para un coloquio", 2013, <http://esmateria.com/2013/11/13/de-ciencia-y-literatura-notas-para-un-coloquio/>.
- Huxley, Aldous. *Literatura y ciencia*. Barcelona, Buenos Aires : EDHASA, 1964.
- Lamarca Margalef, Jordi. *Ciencia y literatura. El científico en la novela inglesa de los siglos XIX y XX*. Barcelona : Universitat de Barcelona, 1983.
- Snow, C. P. *Las dos culturas*. Buenos Aires: Nueva Visión. 2000 [1ª 1988].
- Wagensberg, Jorge. *Yo, lo supremo y el error*. Barcelona: Tusquets, 2009.

THE TWO CULTURES: LITERATURE AND SCIENCE OF THE UNIVERSE IN THE WORKS OF RUBÉN DARÍO

The gap between the knowledge related to the field of literature and to that of science begins to widen at the end of the 19th century, and this separations gets more pronounced in the 20th century. However, already in the 19th century the relationship between natural science and literary science was subject of Rubén Darío's attention, and for some time he saw them as closely related, working with the examples offered by the works of Edgar Allan Poe, Jules Verne, and G. H. Wells, on each of whom he wrote an essay. Towards the end of his life, Darío's youthful enthusiasm for sciences dwindled.

PALABRAS CLAVE:

Rubén Darío — literatura y ciencia — E. A. Poe — Jules Verne — G. H. Wells
 Rubén Darío — literature and science — E. A. Poe — Jules Verne — G. H. Wells

Juana Martínez Gómez es catedrática de literatura hispanoamericana en la Universidad Complutense de Madrid. Sus líneas de investigación: cuento hispanoamericano, Rubén Darío, relaciones literarias entre América y España, heterogeneidad cultural y literaturas mestizas. Ha dirigido el proyecto *Fuentes para una historia del cuento hispanoamericano*.

26 Darío 1953, I, p. 547. El subrayado es mío. Muestra la diferencia de opinión respecto al microscopio que había expresado en sus primeras obras.